

un brazo deposita en un rincón del mundo la China, con los geroglíficos, con la artillería y la imprenta, como un boceto de sus futuras obras, como una muestra de lo que llegará á hacer un día; con el otro brazo arroja al Occidente los grandes imperios de Asiria, de Persia, de Caldea; las ciudades prodigiosas de Babilonia, de Lusa y de Persépolis, metrópoli de los países que no nos han dejado ni sus huellas. Entonces, mientras el resto del globo está sumergido en profundas tinieblas, resplandece con todo su brillo la civilización teocrática del Oriente, de la que apenas se entrevén al través de tantos siglos algunos rayos deslumbradores, algunos gigantescos vestigios, y nos parece fabulosa al verla tan lejos, tan vaga y tan confusa. Entre tanto la civilización marcha y se desarrolla sin cesar. No le basta ya el interior de las tierras y coloniza las orillas de los mares. A los pueblos de labradores y de pastores suceden las razas de pescadores y de comerciantes. De éstos provienen los fenicios y los frigios, Sidon, Troya, Sarepta y Tiro. La civilización, dispuesta á desbordar del Asia, funda en los límites del Africa el enigmático Egipto, ese pueblo de sacerdotes y de comerciantes, de labradores y de marineros, que es hasta cierto punto la transición de la civilización asiática á la civilización africana, de los imperios teocráticos á las repúblicas comerciales, de Babilonia á Cartago.

En el Egipto se apoyan las tres civilizaciones sucesivas de Asia, de Africa y de Europa. El Egipto es la llave de la bóveda del antiguo continente. Al llegar aquí la civilización, se bifurca y toma dos caminos, uno hácia el Norte y el otro hácia el Poniente; y mientras el Egipto crea la Grecia en Europa, Sidon crea á Cartago en Africa. Entonces cambia la escena. El Asia se extingue. Le toca el turno al Africa. Los cartagineses completan la obra de los fenicios. Mientras que tras ellos se elevan, como los pilares de su imperio, los reinos de Nubia, de Abisinia, de Nigricia, de Etiopía y de Numidia; mientras que se puebla esa tierra de fuego, en la que luego aparecerán los Juba y los Yugurta, Cartago se apodera de los mares y corre en pos de las conquistas. Desembarca en Sicilia, en Córcega y en Cerdeña. Después ya no le basta el Mediterráneo. Sus innumerables bajeles llegan hasta las columnas de Hércules, en las que más tarde la tímida navegación de los griegos y de los

romanos creará ver los límites del mundo. Pronto las colonias cartaginesas, arriesgándose á pasar el Océano, llegan á la península Hispánica, suben atrevidamente hácia el Norte, y costean la ribera occidental de Europa, aportan á ella el dialecto fenicio. Primero á Vizcaya, donde se le encuentra colorando con palabras extranjeras la antigua lengua ibérica; después á Irlanda, al país de Galles y á Armórica, donde aun existe en la actualidad mezclada con el celta primitivo. Esas colonias enseñan á dichas salvajes poblaciones algo de sus artes, de su comercio y de su religión. Cartago dá á los celtas lo que ella tomó de la teocracia asiática, desnaturalizado por su feroz civilización. Los druidas son magos, pero que han pasado por Africa. Todo en esos pueblos se resiente de su contacto con el Oriente. Sus toscos monumentos tienen algo de los egipcios. Geroglíficos groseros y caracteres rúnicos empiezan á marcar la fisonomía que hasta entonces el hierro no había tocado; y no se ha probado que la poderosa navegación cartaginesa no haya depositado en la playa americana el geroglífico monumental de Karnac, libro colosal y eterno, del que los siglos han perdido la memoria y del que cada letra era un obelisco de granito. Como Tebas, la Bretona tiene su palacio de Karnac.

La audacia púnica probablemente no se detendría allí. ¿Quién sabe hasta dónde llegaría Cartago? ¿No es extraño que después de tantos siglos se encuentre aun vivo en América el culto al sol, el Belo asirio, el Mithra persa? ¿No es asombroso que se encuentren Vestales (hijas del Sol), restos del sacerdocio asiático y africano que Roma copió de Cartago? ¿No es maravilloso, en fin, que las ruinas del Perú y de Méjico, magníficos testimonios de una civilización extinguida, se parezcan mucho en sus caracteres y en sus ornamentos á los monumentos siriacos, y en su forma y en sus geroglíficos á la arquitectura egipcia?

Sea esto lo que fuere, el coloso cartaginés, señor de los mares, heredero de la civilización de Asia, apoyando un brazo en el Egipto y abarcando con el otro la Europa, tiene un momento en que llega á ser el centro de las naciones y el quicio del globo. El Africa domina el mundo.

Esto no obstante, la civilización ha depositado su germen en la Grecia. En ella ha echado raíces, ha crecido y se ha desarrollado, y en muy poco tiempo ha

producido un pueblo capaz de defenderla de las erupciones del Asia, de las reivindicaciones de la antigua madre de las naciones. Pero si ese pueblo supo defender el fuego sagrado, no supo propagarlo. Careciendo de metrópoli y de unidad, dividida en pequeñas repúblicas que luchaban entre sí, y en cuyo interior se chocaban todas las formas de gobierno, democracia, oligarquía, aristocracia y monarquía, aquí enervada por artes precoces, allá anegada por leyes rigurosas, la sociedad griega tuvo más belleza que poder, más elegancia que grandeza, y la civilización se refinó en ella antes que se fortaleció. Por eso Roma se apresura á arrancar á la Grecia la antorcha de la Europa, y sacudiéndola desde lo alto del Capitolio, la hace lanzar rayos inesperados. Roma, semejante al águila, que es su temible símbolo, extiende ampliamente las alas, saca sus poderosas garras, se apodera del rayo y vuela. Cartago es el sol que alumbra al mundo, y en Cartago se fijan sus ojos. Cartago es la señora de los mares, de los reinos y de las naciones; es una ciudad magnífica, espléndida y opulenta, en la que brillan las artes, que se desconocen en el Oriente. Cartago es una sociedad completa, que la ha perfeccionado el trabajo del tiempo y de los hombres. La metrópoli del Africa está en el apogeo de su civilización, no puede avanzar más, y cada progreso, de hoy en adelante, la hará retroceder. Roma, por el contrario, nada posee; se ha apoderado de lo que encontraba á su alcance, pero por tomarlo más que por enriquecerse; es semisalvaje y semibárbara; tiene que educarse y que hacer fortuna.

Durante algún tiempo esos dos pueblos viven frente á frente; el uno descansando en su esplendor y el otro creciendo en la oscuridad; pero poco á poco falta á los dos aire y sitio para desarrollarse. Roma empieza á molestar á Cartago, y hace ya mucho tiempo que Cartago importuna á Roma. Sentados los dos rivales sobre las dos orillas opuestas del Mediterráneo, se contemplan faz á faz. El mar no basta ya para separarlos. La Europa y el Africa pesan sobre el uno y sobre el otro. Como dos nubes sobrecargadas de electricidad, se costean demasiado cerca, y el rayo las vá á entremezclar.

Entonces llega la peripecia del gran drama, en el que son actores dos razas; una de comerciantes y de marinos y la otra de labradores y de soldados; una

que reina por el oro, otra que reina por el hierro; dos repúblicas, una teocrática y otra aristocrática; Roma y Cartago; la segunda vieja, rica y astuta; la primera joven, pobre y fuerte; representando una el pasado y otra el porvenir, el espíritu de descubrimiento y el espíritu de conquista, el génio de los viajes y el del comercio, el demonio de la guerra y el de la ambición; representando una el Oriente y el Mediodía, el Occidente y el Norte la otra, y ambas dos mundos; la civilización de Africa y la civilización de Europa.

Mirándose miden sus fuerzas, y su actitud, antes de empezar el combate, es formidable por ambas partes; Roma concentra sus fuerzas y todos sus pueblos, y Cartago arroja el áncora de abordaje sobre la Europa, y sacudiéndola la batalla. Roma acopia groseramente la marina de su rival y la guerra empieza á encenderse en la Península y en las islas; Roma choca con Cartago en Sicilia, donde ya la Grecia chocó contra el Egipto, y en España, donde más tarde lucharán otra vez la Europa y el Africa, el Oriente y el Occidente, el Mediodía y el Septentrion.

Poco á poco el combate se encarniza y el mundo arde. Los colosos se atacan cuerpo á cuerpo. Se buscan y se rechazan. Cartago atraviesa los Alpes y Roma pasa los mares. Los dos pueblos, personificados en dos hombres, en Aníbal y en Escipion, se estrechan y se ensañan para devorarse recíprocamente. Se empeñan en un duelo á muerte. Roma vacila y lanza este grito de angustia: *Aníbal ad portas*. Pero se reanima con heróico esfuerzo, y atrevidamente se arroja sobre Cartago y la borra del mundo.

Se vió entonces el mayor espectáculo de la historia. Aquella derrota no consistió en un trono que cae, en una ciudad que se desmorona, ni en un pueblo que muere; sino en un astro que se apagó, en un mundo que se fué, en una sociedad que ahogó á otra. La ahogó con tanta saña, que no quedó nada de Cartago. Los siglos futuros solo sabrán de ese pueblo lo que le plazca decirles á su implacable rival; solo divisarán al través de espesas nieblas la capital del Africa, su civilización bárbara, su gobierno deforme, su religión sangrienta, sus artes, sus monumentos gigantescos, sus flotas, y ese otro universo que conocieron sus pilotos y que la antigüedad romana llamaba desdeñosamente el *mundo perdido*. Nada quedará de Cartago. Solo mu-

cho tiempo despues, Roma, jadeante y como desalentada de su victoria, se recogerá dentro de sí misma y exclamará en medio de fantástica meditacion: *Africa portentosa!*

Hé aquí realizado el gran hecho: está ya decidida la cuestion que sostenian las dos mitades del mundo. La reaccion del Occidente hácia el Oriente, que habia intentado Grecia ya dos veces. Argos demolió á Troya. Alejandro fué á apoderarse de la India al través de la Persia; pero los reyes griegos solo destruyeron una ciudad ó un imperio. El aventurero macedonio solo hizo un agujero en la antigua Asia, que se cerró en seguida detrás de él. Para representar el papel de Europa en ese drama inmenso, para matar la civilizacion oriental, se necesitaba más que un Aquiles y más que un Alejandro; se necesitaba Roma.

Los espíritus reflexivos que se complacen en sondear los abismos, se preguntan, al llegar aquí, qué es lo que hubiera sucedido al género humano si Cartago hubiera triunfado en la lucha. El teatro de veinte siglos se hubiera colocado en otro sitio. Hubieran reinado los comerciantes y no los soldados. La Europa hubiera sido relegada á las nieblas y á los bosques; se hubiera establecido en el mundo algo desconocido. No podia suceder así. Las arenas y el desierto estaban reclamando el Africa, y se necesitaba que ésta cediera el sitio de la escena á la Europa.

Efectivamente, desde la caida de Cartago, la civilizacion europea prevalece. Roma crece prodigiosamente; se desarrolla tanto, que empieza á dividirse. La conquistadora de todo el universo conocido, cuando no puede hacer la guerra á los extranjeros, se dedica á la guerra civil. Sin embargo, la civilizacion se fija en ella; constituye sus raices y su tallo; y en vano los césares, ébrios de su poder, quieren suprimir la Ciudad Eterna y transportar la metrópoli del mundo al Oriente. Ellos van allí; pero la civilizacion no les sigue, y solo consiguen correr hácia la barbarie; Bizancio llegará á ser Estambul y Roma permanecerá siendo Roma.

Solo lograrán que el Vaticano reemplace al Capitolio. Todo se ha arruinado de vejez alrededor de Roma; pero la Ciudad Santa se renueva: antes reinaba por medio de la fuerza; ahora reina por medio de las creencias, que pueden más que la fuerza. Pedro hereda á César. Roma no obra ya, pero habla, y su pa-

labra es un trueno. Sus rayos, de hoy en adelante, herirán las almas. Al espíritu de conquista sucede el espíritu de proselitismo. Hogar del globo, tiene ecos en todas las naciones, y lo que un hombre desde el balcon papal dice á la Ciudad Sagrada, lo dice tambien á todo el universo: *Urbi et orbi.*

De este modo la teocracia construye la Europa, como formó tambien el Asia y el Africa. Se reasume en tres ciudades: en Babilonia, en Cartago y en Roma. El doctor, desde el púlpito, preside á los reyes que ocupan los tronos. Roma es el sitio privilegiado del cristianismo, el sitio privilegiado que necesita la sociedad. Como madre precavida, vigila á la gran familia europea y la salva dos veces de las irrupciones del Norte, de las invasiones del Mediodía. Sus murallas hacen retroceder á Atila y á los vándalos y sus manos forjan el martillo con que Carlos pulveriza á Abderramen y á los árabes.

Parece que la Roma cristiana haya heredado el ódio que la Roma pagana profesaba al Oriente. Cuando cree que la Europa es bastante fuerte para combatir, le predica la guerra de las Cruzadas, guerra singular de la caballería y de la religion, en la que la teocracia arma al feudalismo.

Hace dos mil años que el mundo sigue esta marcha; hace veinte siglos que domina la civilizacion europea, la tercera gran civilizacion que ha aparecido en el mundo. Quizá toque ya á su fin: el edificio está muy viejo, y los lagartos salen ya por todas partes. Roma no es ya el centro. Cada pueblo vá por su lado. No existe la unidad religiosa ni la política. La opinion ha reemplazado á la fé. El dogma no puede contar con la disciplina de las conciencias: la revolucion francesa ha consumado la obra de la reforma, y decapitando al catolicismo como á la monarquía, dejó sin vida á Roma. Napoleon, tratando con rudeza al papismo, lo ha hundido; robó el prestigio al fantasma. ¿Cuál será el porvenir de esta sociedad europea, que pierde más cada dia su forma papal y monárquica? ¿Estará próximo el momento en que la civilizacion, que acabamos de ver pasar desde el Asia al Africa y desde el Africa á Europa, se ponga en camino y continúe su magnífico viaje alrededor del mundo? ¿No parece que se dirija hácia América? ¿No han inventado medio de franquear el Océano con mayor velocidad que antes se atravesaba el Medi-

terráneo? ¿Qué le queda que hacer en Europa? ¿Es insensato suponer que la civilizacion, gastada y desnaturalizada en el antiguo continente, vaya á buscar una tierra nueva y virgen para remozarse y fecundarla? Y para dicha tierra, ¿no cuenta con un principio nuevo, nuevo aunque arranque del Evangelio, proclamado hace dos mil años? Nos referimos al principio de emancipacion, de progreso y de libertad, que parece que ha de ser de hoy en adelante la ley de la humanidad. En América es donde hasta ahora se han hecho de él más vastas aplicaciones. Allí las novedades se aclimatan con facilidad, sin que nada las moleste, sin tropezar á cada paso con los troncos de las antiguas instituciones arruinadas. Si este principio está llamado, como creemos, á rehacer á la sociedad y á los hombres, la América debe ser su centro. Desde ese foco llegará al mundo la luz nueva que, en vez de secar los antiguos continentes, quizás les preste calor, vida y juventud. Los cuatro mundos llegarán á ser hermanos y se darán perpetuo abrazo, y la familia universal sucederá á las tres teocracias sucesivas de Asia, de Africa y de Europa. El principio de autoridad cederá el sitio al principio de libertad, que no por ser mas humano es menos divino.

Si esto debe suceder, si la América debe representar el cuarto acto del drama de los siglos, será digno de notarse que en la misma época en que nació el hombre que debia, preparando la anarquía política con la anarquía religiosa, introducir el germen de muerte en la antigua sociedad, real y pontifical de Europa, otro hombre descubrió un Nuevo Mundo, futuro asilo de la civilizacion fugitiva: en una palabra, es chocante que Cristóbal Colon descubriera el Nuevo Mundo en el momento que Lutero empezaba á destruir el viejo. *Aliquis providet.*

SOBRE M. DOVALLE

1830.

Puede asegurarse que el tomo de poesías de M. Dovalle, publicado sin apoyo de ninguna clase, llegará á conseguir el buen éxito que merece. No necesita alabanzas el autor para alcanzarlo. Posee la condicion precisa para conseguirlo en literatura. M. Dovalle ha muerto.

El manuscrito de un poeta, muerto á los veinte años, despierta siempre dolorosos recuerdos. Inspiran siempre profunda compasion sus odas, sus baladas huérfanas, sus canciones que manan sangre todavía. ¿Cómo criticar tan dolorosa lectura, cómo raciocinar de lo que hace sentir? Ese trabajo es imposible para nosotros, que no somos críticos, sino sencillamente hombres dedicados á la poesía y al arte. Despues de leer este libro escribiremos la impresion que nos ha producido; no le dedicaremos un artículo de exámen crítico.

Desde luego, lo que choca al comenzar la lectura es que solo se encuentra en este poeta, tan fatalmente predestinado, gracia, frescura, ternura armoniosa é imaginacion soñadora. Reflexionando sobre esto, todavía nos parece más chocante. Gran movimiento, vasto progreso, con el que simpatizaba por completo Dovalle, se ha verificado en el arte. Como ya hemos dicho otras veces, este movimiento es la consecuencia natural, el corolario inmediato del gran movimiento social de 1789. Es el principio de libertad que, despues de establecerse en el Estado y de cambiar su faz, prosigue la marcha, pasa del mundo material al mundo intelectual, y renueva el arte, como renovó la sociedad.

Esta regeneracion, como la otra, es general, universal é irresistible. Se dirige á todo, reedifica y rehace á la vez el conjunto y el detalle, se extiende en todos los sentidos y recorre todos los caminos.

Por sério que sea el hombre, es difícil que no se sonría algunas veces respondiendo á las objeciones que el antiguo régimen literario pide prestadas al antiguo régimen político para combatir todas las tentativas que hace la libertad en el arte. Ciertamente, despues de las catástrofes que desde hace cuarenta años ensangrentaron la sociedad y diezmaron á la familia, no hay necesidad de explicar y de justificar la tristeza ni la amargura en que han quedado sumidos los espíritus, y por consiguiente la poesía. Debe tenerse por feliz el poeta que nace apasionado de lo dulce y de lo tierno y consigue poder aislar su alma de las impresiones dolorosas que acabamos de citar; debe tenerse por dichoso, repetimos, el poeta que, viviendo en la atmósfera que enrojece el horizonte mucho tiempo despues de una revolucion, pueda conservar su mundo secreto de flores, de rocío y de sol.

M. Dovalle tuvo esa felicidad, que en

él era mucho más chocante, debiendo terminar de tal modo la vida é interrumpir prematuramente su cancion apenas empezada. Cualquiera creará que, á falta de recuerdos dolorosos, debe encontrarse en su libro algun presentimiento vago y siniestro. Pero no se encuentra en él nada sombrío, amargo ni fatal. Por el contrario, su poesía es jóven, pueril muchas veces; traspora en ella la alegría, la voluptuosidad y el amor; la dedica á la mujer, á la mujer divinizada, á la mujer convertida en musa; hay en su poesía flores, fiestas, primavera, aurora y juventud; esto es lo que se encuentra en su cartera de elegías que destrozó la bala de una pistola.

La gracia, la alegría, la armonía de los versos de M. Dovalle prestan á su lectura singular interés y singular encanto. Andrés Chenier, que tambien murió muy jóven, pero que, sin embargo, tenia diez años más que Dovalle, nos dejó un libro de *Locas elegías*, como él mismo dice, en el que se encuentran aquí y allá algunos yambos ardientes, fruto de sus treinta años, y rojos por las reverberaciones de la lava revolucionaria; pero en el que dominan, como en el libro precioso de Dovalle, la gracia, el amor y la voluptuosidad. El que lea las poesías de éste último verá, sin duda, en imaginacion la figura jóven y pálida de este poeta, sonriente y sangrienta, como la de Andrés Chenier. Me ocurre esta reflexion para concluir. En estos momentos de confusion y de tempestad literaria, ¿á quiénes se debe compadecer, á los que mueren ó á los que combaten? Es indudablemente triste oír que muere un poeta de veinte años, ver una lira que se rompe, ver un porvenir que se desvanece; ¿pero no es tambien un alivio el reposo? ¿No debe permitírseles que vuelvan algunas veces la cabeza con envidia hácia los que duermen en la tumba, á los vivos que son víctimas de la calumnia, de las injurias, del odio, de los celos y de la traicion, á los hombres leales, á los que se les hace una guerra desleal? *Invideo*, decia Lutero en el cementerio de Worms, *invideo quia quiescunt*.

Pero nada importa! Tened valor, jóvenes, que sois la esperanza de la patria; por doloroso que nos hagan el presente, el porvenir nos pertenecerá. El romanticismo, tantas veces mal definido, solo significa *liberalismo* en literatura. Esta verdad ya vá siendo universalmente comprendida, y muy pronto en liberalismo literario será tan popular como el

liberalismo político. A la libertad en el arte como á la libertad en la sociedad deben tender todos los espíritus consecuentes y lógicos. Este principio es el del siglo y prevalecerá. Los *ultras* de todas clases, clásicos y monárquicos, prestarán en vano su socorro para rehacer el antiguo régimen en la sociedad y en la literatura, porque cada progreso del país, cada desarrollo de la inteligencia, cada paso que dé la libertad, hará hundirse lo poco que hayan edificado. Hasta sus esfuerzos contra-revolucionarios serán inútiles; en la revolucion todo movimiento hace avanzar: la verdad y la libertad gozan de la excelencia de que les sirve lo mismo lo que se hace por ellas que lo que se hace contra ellas. Despues de los grandes acontecimientos, en los que intervinieron nuestros padres y que nosotros presenciamos, hemos salido completamente de la antigua forma social; tambien saldremos de la antigua forma poética: al pueblo nuevo corresponde arte nuevo. Sin dejar de admirar la literatura de Luis XIV, que tan bien se adaptaba á la monarquía, sabrá Francia tener literatura propia y nacional.

GUERRA Á LOS DEMOLEDORES

Si los sucesos siguen como hasta ahora durante algun tiempo, pronto no le quedará á Francia más monumento nacional que el de los *Viajes pintorescos y románticos*, en los que rivalizan en gracia, en imaginacion y en poesía el lápiz de Taylor y la pluma de Carlos Nodier, cuyo nombre pronunciamos con admiracion. Ha llegado el momento en que ya no es lícito callar; ha llegado el momento en que un grito universal debe llamar á la nueva Francia para que socorra á la antigua. Todo género de profanaciones, de degradacion y de ruina amenazan á un tiempo á los pocos monumentos admirables que nos quedan de la Edad Media, en los que está impresa la antigua gloria nacional y están dedicados á la memoria de los reyes y á las tradiciones de los pueblos.

Mientras que se construyen costosamente edificios bastardos, que, á pesar de la ridícula pretension de ser griegos ó romanos, no son ni romanos ni griegos, edificios admirables y originales se derriban estúpidamente, quizás por el delito de ser franceses en su origen, en su historia y en su objeto. En Blois el cas-

tillo sirve de cuartel, y la hermosa torre octógona queda enterrada debajo de los andamios de un cuartel de caballería. En Orleans acaba de desaparecer el último vestigio de las murallas que defendió Juana de Arco. En Paris sabemos en lo que han convertido á las antiguas torres de Vincennes, que tan bien acompañaban al torreón. En estos momentos están derribando la abadía de Sorbona, que era tan elegante y estaba tan bien ornamentada. La hermosa iglesia romana de San German de los Prados, desde la que Enrique IV observaba á Paris, remataba en tres notables flechas, las únicas de este género que embellecían la silueta de la capital. Dos de esas agujas amenazaban ruina; era preciso componerlas ó destruirlas, y han encontrado que era más breve destruirlas. Despues, con la idea de acordar lo más posible ese venerable monumento con el feo pórtico del estilo de Luis XIII, que afea la portada, los restauradores han reemplazado algunas de las antiguas capillas por capillitas con capiteles coríntios del mismo gusto de los de San Sulpicio y han pintado lo demás de un color amarillento. La catedral gótica de Antun ha recibido el mismo ultraje. Cuando pasamos por Lyon en Agosto de 1825 vimos que habian hecho desaparecer bajo una capa de color de rosa el hermoso color que el tiempo dió á la catedral del primado de las Galias. Tambien vimos demoler cerca de Lyon el castillo famoso de Arbresle; pero me equivoco, el propietario ha conservado una de las torres, la alquiló á la Municipalidad y ahora sirve de prision. En Nevers dos iglesias del siglo once están sirviendo de caballerizas; la tercera que existia del mismo tiempo habia ya desaparecido. Solo vimos á la puerta de una cabaña dos de sus capiteles romanos, cuya belleza daba á entender la del edificio de que eran ruinas. Tambien han derribado la antigua iglesia de Mauriac. En Soissons han dejado que se hundiera el claustro de San Juan con sus dos flechas tan ligeras y tan atrevidas, y en sus magníficas ruinas los picapedreros han elegido materiales. Con la misma indiferencia han abandonado la preciosa iglesia de Braisne, por cuya bóveda desmantelada cae la lluvia sobre las diez tumbas reales que encierra.

En la Charité-sur-Loire, cerca de Bourges, hay una iglesia romana, que por la inmensidad de su recinto y por la riqueza de su arquitectura podria rivalizar

con las catedrales más célebres de Europa, y está semiarruinada: vá cayendo piedra á piedra, y la dejan tan abandonada como á las pagodas orientales en sus desiertos, y pasan por ella seis diligencias cada dia. Hemos ido á visitar á Chambord, que es la Alhambra de Francia, y amenaza arruinarse, minada por las aguas del cielo, que se infiltran á través de la piedra reblandecida de sus techos, que están ya desguarnecidos del plomo.

Las anteriores citas las hemos hecho como se nos han ido ocurriendo á la memoria, entre los recuerdos que nos han quedado de la excursion rápida que hicimos por una parte de Francia. No hemos descubierto más que un borde de la llaga. Hemos citado hechos, pero hechos que hemos visto. Indudablemente sucederá lo mismo en el resto de la Francia.

Se nos asegura que unos ingleses compraron por trescientos francos el derecho de embalar todo lo que les gustase en las ruinas de la admirable abadía de Jumieges. De este modo se renuevan en nuestro país las profanaciones de lord Elgin y sacamos partido de ellas; pero los turcos solo vendian los monumentos griegos, y nosotros vendemos los nacionales. Se nos asegura tambien que el hermoso claustro de Saint-Waudville lo ha deshecho pieza á pieza un propietario ignorante y avaro, para el que ese monumento solo era un monton de piedras.

Hora es ya de que terminen estos desórdenes, sobre los que llamamos la atencion del país. Aunque han empobrecido á la Francia los devastadores revolucionarios, los especuladores mercantiles y los restauradores clásicos, es rica todavía en monumentos nacionales. Hay que parar los martillos que mutilan la fisonomía del país. Una ley seria suficiente, pero es necesario que se decrete.

Cualquiera que sean los derechos de la propiedad, no debe permitirse la destruccion de un edificio histórico y monumental á los innobles especuladores, cuyo interés ciega á esos hombres miserables, que ni siquiera conocen que son bárbaros. En los edificios debe distinguirse entre el uso y entre su belleza. El usufructo pertenece al propietario y la belleza á todo el mundo; destruir estos edificios públicos es ir más allá del derecho.

Se debian vigilar activamente nuestros monumentos. Haciendo pequeños sacrificios, podrian salvarse algunos que re-